

SOBRE UNA CIENCIA DE LA ESTÉTICA EN PAUL VALÉRY Y LUDWIG WITTGENSTEIN: LENGUAJE Y FILOSOFÍA

Florencia Quiroga / Universidad Nacional de Córdoba

*Si los filósofos hubieran entendido
que su quehacer se mueve absolutamente
en el lenguaje¹*
Paul Valéry

La cuestión referida a la relación existente entre lenguaje y filosofía corresponde a una de las discusiones más significativas en el ámbito de la filosofía en general. A lo largo del tiempo se han desarrollado numerosos debates al respecto, dando cuenta de los diferentes cambios que han acaecido en la manera de concebir el vínculo existente entre ambas nociones. A su vez, la problemática existente en torno a la posibilidad de constituir una ciencia de la estética puede inscribirse en esta misma línea de análisis referida a la relación existente entre lenguaje y filosofía.

En el presente escrito expondré, en primer lugar, algunas cuestiones pertenecientes a la postura que Paul Valéry adopta en relación a la estética en cuanto tal. En segundo lugar, retomaré aquellos puntos centrales que Ludwig Wittgenstein defiende en lo que respecta a la cuestión de la estética. En tercer lugar intentaré vincular las posturas de ambos autores en lo que concierne a la cuestión acerca de si es posible concebir una Ciencia de la Estética o de lo Bello. Para ello, tendré en cuenta, a su vez, la postura que Wittgenstein sostiene en las *Investigaciones filosóficas* acerca de los problemas filosóficos.

Ahora bien, en su texto *Leonardo y los filósofos*, Valéry sostiene que “todo filósofo una vez que ha despachado a Dios, al Yo, al Tiempo, al espacio, a la Materia, a las Categorías y a las Esencias, se vuelve hacia los hombres y sus obras” (Valéry, 2003, pp. XLI). De tal suerte que, así como inventó la *Verdad*, el filósofo inventó el *Bien* y la *Belleza*. A su vez Valéry se pregunta, a este respecto, acerca del plan de

¹ Löwith, K. (2009). *Paul Valéry. Rasgos centrales de su pensamiento filosófico*. Buenos Aires: Katz. Pp. 66

hacer una estética o una ciencia de lo bello, dado que, a su juicio, la Belleza es una especie de muerta (Valéry, 2003), esto es, ha sido suplantada por la novedad, la extrañeza, la intensidad. De esta manera, Valéry sostiene que las obras de arte ya no están ligadas a una idea general de lo Bello sino que, tienen por función arrancarnos del estado contemplativo, de la felicidad estática.

En base a lo antes expuesto, Valéry afirma que, en nuestros tiempos, una definición de lo Bello sólo puede considerarse como documento histórico o filológico (Valéry, 2003). Asimismo, Valéry señala que aquello que separa la estética filosófica de la reflexión del artista es que, aquella, proviene de un pensamiento que se considera ajeno a las artes. Para la estética filosófica, las obras de arte son accidentes, efectos de una sensibilidad activa, casos particulares. El filósofo se propone absorber al artista en tanto intenta explicar lo que el artista hace, siente y demás. A este respecto, Valéry se pregunta: “¿parecerá (...) difícil, quizá, pensar como aristas ciertos problemas que hasta ahora habíamos pensado como buscadores de verdades?” (Valéry, 2003, pp. XLVI).

A su vez, Valéry sostiene que es imposible extraer de un objeto o de un dispositivo, ya sea natural o artificial, ciertos caracteres estéticos que puedan encontrarse también en otros para establecer una fórmula general de las cosas bellas (Valéry, 2003). Asimismo, el filósofo tiene como fin expresar por medio del discurso los resultados de su meditación e intenta construir un saber y transmitirlo a través del lenguaje. El filósofo al formularse preguntas tales como ¿qué es la realidad? ¿qué es la libertad? ignora el origen metafórico y social de estos nombres. Un punto que caracteriza a los filósofos se sustenta en que ellos incorporan problemas de interpretación a aquellos problemas inmediatos que la observación puede plantear.

En su *Discurso sobre la estética*, Valéry afirma que el solo nombre de la Estética lo ha maravillado siempre, a la vez que produce en él un efecto de deslumbramiento, si es que no de intimidación (Valéry, 1956). A su vez, este autor afirma que el nombre de la Estética le sugiere dos ideas, una de ellas basada en una *Ciencia de la Belleza*, en tanto que la otra se sustenta en una *Ciencia de las Sensaciones*. La Ciencia de la Belleza nos haría discernir lo que debe amarse, odiarse, destruirse, aclamarse, a la vez que, nos enseñaría a producir obras de arte cuyo valor sería indiscutible. Un hombre que investigara esta supuesta Ciencia de

la Belleza sería capaz de decir cómo y porqué llama a tal o cual cosa *bella*; en cuanto que un hombre dedicado al estudio de la Ciencia de las Sensaciones sabría lo que es sentir.

A su vez, Valéry propone emplear un método cartesiano para formular una noción de estética precisa e irreprochable. Este método se funda en la observación pura, con lo cual, aquel que quisiera formular una definición de estética mediante dicho método debería ponerse fuera del lugar en el que se elabora la estética misma. A este respecto, Valéry afirma que él mismo ya se encuentra fuera de ese lugar. Así, no le queda otra alternativa más que intentar construir una noción de estética resumiendo, en pocas palabras, el objeto común de todos aquellos productos del espíritu que se inscriben bajo dicha noción. El problema reside, ciertamente, en que son numerosos los criterios que podrían emplearse para delimitar qué se inscribe en el ámbito de aquello que ha dado en llamarse estética y qué no.

A continuación, Valéry enumera una serie de técnicas tales como la talla de piedras, la dicción de los versos, el barnizado de violines, la pintura y demás, las cuales, a su juicio, pueden inscribirse bajo la noción de estética. El problema reside en que no existe un objeto común a todas estas técnicas, el cual nos permita precisar qué es la estética. Dado que el estudio de las distintas técnicas que se emplean al producir una obra de arte no contribuye a la tarea de encontrar un objeto común, por el cual podamos definir qué es la estética, Valéry abandona esta vía de investigación. Quedan, a su parecer, dos ámbitos por analizar, el primero está formado por obras en las cuales cobra importancia el papel que desempeña la moral; el segundo hace hincapié en las distintas contribuciones que los filósofos han aportado a la formulación de una noción de estética.

En base a lo antes expuesto, Valéry se propone abordar aquel ámbito en el que la filosofía cobra notoria importancia. A este respecto afirma este autor: “es allí, señores, donde espero encontrar el germen y la palabra inicial de vuestra ciencia. Todas vuestra investigaciones, hasta donde es posible agruparlas, refieren a un acto inicial de la curiosidad filosófica” (Valéry, 1956, pp. 140). De esta manera y, de acuerdo con Valéry, la estética nació un día de una observación y de un apetito de filósofo (Valéry, 1956).

Siguiendo a Valéry, la estética en sus comienzos, se desarrolló en el espacio del pensamiento puro y fue construida a partir de los materiales brutos del lenguaje. Esta estética naciente hacía especial hincapié en cierto género de placer. Ahora bien, tanto el placer como el dolor son indefinibles e incommensurables, por lo cual, dificultan una construcción intelectual. El placer de especie común había sido reducido a llevar a cabo la tarea de contribuir a la conservación del individuo y la propagación de la especie.

Llegado a este punto, es conveniente esclarecer que Valéry afirma que debe establecerse cierta distinción al tratar la cuestión del placer. Así, el placer referido a la conservación del individuo y la especie desempeña un papel diferente al placer que provoca la contemplación de una obra de arte. Asimismo, Valéry sostiene que no todo placer se deja reducir fácilmente a un lugar determinado en un orden de cosas específico.

Algunos de estos placeres no pueden ser explicados mediante su funcionalidad o utilidad. Estos placeres estimulan la inteligencia, la desafían; pueden, a su vez, irritar la necesidad de producir o reproducir la cosa, el suceso, el objeto o el estado al que aparecen vinculados. El problema surge cuando el filósofo intenta encontrarle un lugar categórico, un sentido universal a este placer. La Dialéctica, en su empeño por hacer efectivo el intento del filósofo de asignarle un sentido universal, un lugar categórico al tipo de placer en cuestión, conduce esta misma noción hasta el ámbito de las Nociones Puras. Es allí en donde entra en juego la Idea de lo Bello.

La idea de lo bello dominó el campo del arte durante, al menos, veinte siglos. La peculiaridad que añaden, a este respecto, los metafísicos está dada por la escisión que proponen entre lo Bello y las cosas bellas. El tipo de placer al que he referido en las últimas líneas se caracteriza por su individualidad, su existencia en el instante; nada hay más incierto y menos comunicable. Los juicios que sobre este placer se hacen no permiten ningún razonamiento. Una ciencia de lo Bello tendría por objeto de estudio este tipo de placer al cual refiere Valéry. Ahora bien, no hay nada más individual, más incierto y menos comunicable que este placer. Asimismo, no hay ciencia de lo particular, por lo cual, puede concluirse que no es posible la existencia de una ciencia que tenga por objeto de estudio dicho placer. De tal

suerte que “tratándose de placer, sólo hay cuestiones de hecho” (Valéry, 1956, pp. 147).

Ahora bien, una vez esclarecido lo antes expuesto, considero conveniente enunciar algunos de los postulados defendidos por Ludwig Wittgenstein en lo que respecta al tema en cuestión. En primer lugar, y a diferencia de Valéry, Wittgenstein hace especial hincapié en la noción de deleite y no en la de placer. De esta manera, Valéry afirma que uno de los objetos de la estética es el placer, tal y como lo he caracterizado unas líneas más arriba. El placer que caracteriza a la estética tiene la peculiaridad de quedar reducido a una mera discusión de gusto. Así, nada hay más individual, más incierto y menos comunicable que el placer. A su vez, Valéry sostiene que no puede haber una ciencia de lo particular.

En segundo lugar, y en base a lo antes expuesto, Valéry afirma la existencia de una estética “la estética existe; y hasta hay estéticos” (Valéry, 1956, pp. 158). De lo que este autor intenta dar cuenta es de la imposibilidad de concebir una estética como ciencia. A su vez, Wittgenstein sostiene que la sola idea de una ciencia de la Estética es ridícula, puesto que tal ciencia debería decirnos qué es bello, lo cual es imposible. El problema del que da cuenta Wittgenstein por lo cual no puede determinarse con exactitud qué es lo bello o qué cosas son bellas está dado, al igual que en Valéry, por la particularidad que caracteriza a los juicios estéticos.

De esta manera, Wittgenstein da un ejemplo en el cual una persona, pongamos por caso el sujeto A, nos dice que ha perdido a su mejor amigo, con una voz que expresa su emoción. Quizá nosotros podríamos decir que la manera en la que se expresó A fue hermosa. Frente a esto último se plantea el interrogante acerca de qué similitud tiene mi admiración hacia el sujeto A con, por ejemplo, comer un helado (Wittgenstein, 1976). La pregunta de Wittgenstein apunta a si existe alguna conexión entre los dos deleites mencionados, a saber, al afirmar que la manera como se expresó A fue hermosa y el comer un helado que me gusta.

Llegado a este punto, quizá, alguien pueda argüir a este respecto, y con razón, que hasta el momento sólo he tenido en cuenta la idea de belleza, reduciendo la estética a esta y olvidando otras ideas tales como la forma, la creatividad y demás. A esta posible objeción debo responder que, tanto Valéry como Wittgenstein, si bien tienen en cuenta la creatividad, la forma y demás, hacen especial hincapié en una estética ligada a la idea de belleza. Así, afirma Valéry

respecto de la idea de lo Bello: “toda la historia del Arte occidental testimonia lo que se le debió, durante más de veinte siglos, en materia de estilos y de obras de primer orden” (Valéry, 1956, pp. 145).

En tercer lugar, tanto Wittgenstein como Valéry afirman que no existe un criterio común que permita determinar qué es bello y qué no lo es, o qué cosas pueden deleitarnos y cuáles no. Esto es así en tanto y en cuanto, los juicios estéticos son subjetivos, por lo cual no puede, para ambos autores, existir una Ciencia de lo Bello –en términos de Valéry- o una Ciencia de la Estética –en términos de Wittgenstein-.

Hasta aquí he expuesto algunos de los principales postulados de Valéry con respecto a su postura acerca de la estética en cuanto tal. He mencionado, asimismo, algunos de los puntos centrales que caracterizan la propuesta de Wittgenstein en lo que respecta a esta cuestión, a la vez que intenté contrastar la postura de ambos autores, señalando aquellos puntos en los cuales acuerdan y aquellos en los que discrepan. Ahora bien, en base a lo antes expuesto quisiera analizar una última cuestión, la cual está dada por la relación que existe entre la postura de Valéry, tal y como la expuse en líneas precedentes, y una de las tesis centrales que Wittgenstein sostiene en las *Investigaciones filosóficas*.

De acuerdo con esta tesis, los problemas filosóficos surgen cuando introducimos usos nuevos alejados de los usos cotidianos del lenguaje. Al igual que en el *Tractatus logico-philosophicus*, en las *Investigaciones*, la filosofía también es terapia, sólo que se trata de tipos distintos de terapia. En el *Tractatus* Wittgenstein argumenta a favor de una terapia lógica, mientras que, en las *Investigaciones*, lo hace a favor de una terapia de tipo gramatical. A su vez, En las *Investigaciones* Wittgenstein sostiene que la meta de la filosofía es, ciertamente, dejar de hacer filosofía; la filosofía es terapia, asimismo, en el sentido en que nos cura de los problemas filosóficos, los cuales son concebidos como una enfermedad.

De esta manera, aquellas preguntas tales como ¿qué es el tiempo? ¿qué es el significado? ¿qué es la libertad? ¿qué es el arte?, preguntarse acerca de estas cuestiones presupone la existencia de una esencia oculta, en este caso, del tiempo, del significado, de la libertad y del arte. Son preguntas que abren paso a problemas filosóficos (Wittgenstein, 1988). Problemas que surgen cuando se introducen nuevos usos del lenguaje, alejados de los usos cotidianos del mismo. Si volvemos a

nuestra pregunta inicial acerca de si es posible una ciencia de lo Bello o una ciencia de la Estética, nos encontramos con que para responder a dicho interrogante necesitamos, en primer lugar, delimitar qué se entiende, en este contexto, por ciencia y, en segundo, qué se entiende por arte.

El punto en cuestión reside en que no puede, ciertamente, proporcionarse una definición de lo Bello o de la Estética, dado que, preguntarse ¿qué es lo Bello? o ¿qué es la Estética? Presupone la existencia de una esencia oculta tanto de lo Bello como de la Estética. Se trata de problemas filosóficos que, de acuerdo con Wittgenstein, surgen cuando introducimos nuevos usos del lenguaje, alejados de los usos cotidianos del mismo. Asimismo, y de acuerdo con Valéry, la Estética nació un día de un apetito y de una observación de filósofo.

A su vez, tanto Wittgenstein como Valéry señalan que no puede haber una ciencia de la Estética o de lo Bello, respectivamente, dado que no hay ciencia de lo particular. Tampoco es posible una ciencia de la Estética o de lo Bello, en tanto no existe un objeto común de estudio para dicha ciencia en caso de que fuera concebible. Además, no existen criterios para determinar qué pertenece al ámbito de la Estética o de lo Bello y qué no. En base a lo antes expuesto puede afirmarse que, de acuerdo con Wittgenstein y Valéry, no es posible una ciencia de la Estética o de lo Bello.

Bibliografía

- Löwith, K. (2009). *Paul Valéry. Rasgos centrales de su pensamiento filosófico*. Buenos Aires: Katz.
- Tatarkiewicz, W. (2002). *Historia de seis ideas: arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia estética* (2ª Ed.). Madrid: Tecnos.
- Valéry, P. (1956). *Discurso sobre la Estética en Variedad II*. Buenos Aires: Losada.
- Valéry, P. (2003). „Leonardo y los filósofos“. En DA VINCI, Leonardo. *Tratado de la pintura*. Buenos Aires: Losada.
- Wittgenstein, L. (1976). *Estética, psicoanálisis y religión*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.